

EN EL NOVICIADO ORGANIZARON UNA «CORRIDA» EN HONOR DEL OBISPO DE MALDONADO (PERU)

UN ANDALUZ EN CASTILLA LA VIEJA, DURANTE EL INVIERNO, ES ALGO DIFÍCIL DE IMAGINAR

por Marino GOMEZ-SANTOS

En los últimos cinco años, un político anciano, un poeta y un orero, han coincidido casi al unísono en abandonar el bullicioso mundo de sus éxitos, para retirarse a la vida conventual.

El político, Rafael Sánchez Guerra, murió en su celda, desde donde veía los cipreses del jardín de los frailes; el poeta, Rafael Duyos, en Arenas de San Pedro, ya no escribe poemas a la Infanta Isabel, ni a Manolete, porque ahora las cosas que le ocupan ya no son de este mundo. Solo Juan García (Mondeño), que había sorprendido a los españoles con su decisión de cambiar el traje de luces por el hábito de dominico, ha vuelto a hacer el paseo por el ruedo ibérico.

Los espectadores de corridas de toros, al ver a Mondeño otra vez en los ruedos, deben experimentar ahora una extraña sensación, entre mental y óptica, porque no se les ha borrado aún de la memoria aquella imagen de Fray Juan, que tomó el hábito de dominico en el convento de Caleruega y fue tema de actualidad durante algunas semanas, en las

páginas gráficas de todo género de periódicos y revistas.

RETRATO DE JUAN GARCIA

Estamos con Juan García (Mondeño), en su habitación del hotel Wellington de Madrid. Son las siete de la tarde y aún tiene la cama revuelta y la alfombra cubierta de periódicos y revistas ilustradas, que ha leído mientras descansaba.

Mondeño viste de marrón claro. Está flaco y su pelo empieza a blanquear de prisa, aunque en este momento no tenga más que 32 años. Habla correctamente, con poco acento gaditano, sin esos aspavientos frecuentes en los toreros andaluces que hablan de su peripecia.

A veces le sale el Fray Juan, asomado a una ventana ojival, como en un cuadro de Giorgio Chirico. A veces, también, se presenta ante nuestros ojos el mozo andaluz que trabaja en el campo; pero nunca se impone la personalidad del torero sobre todo lo demás.

Juan García es como una nube durante algunas semanas, en las

su cielo andaluz. Tiene aire de organista, de vendedor de catecismos y rosarios, de hermano lego.

Sobre la mesa de la habitación hay un cubo con hielo y dos botellas de agua mineral. Mondeño cuida su mala salud de hierro, su fortaleza física que a veces amenaza con derrumbarse. O bebe alcohol, no puede decirse que fuma y lleva una vida ordenada en lo que puede, en lo que le permite su profesión.

MONDEÑO HABLA DE FRAY JUAN

Llevaba toreando cinco años, como matador de toros cuando, Juan García (Mondeño), se encontró con que era propietario de una finca, había podido instalar a sus padres cómodamente y, su hermano llevaba la administración correctamente al tiempo que él había podido ahorrar algún dinero. Entonces pensó en retirarse de los toros para realizar algo que siempre había deseado: ingresar en un convento, como religioso.

—¿Cómo te ponés en contacto con las personas que van a hacer posible ese deseo tuyo?

—Me voy a Salamanca y se lo comunico a dos frailes amigos. Les dije abiertamente que quería ser dominico, porque era la Orden que yo creía más abierta y cuyo espíritu me gustaba, no sólo por Santo Domingo, sino por San Martín de Porres, a quien admiro mucho. A los frailes amigos mi decisión les pareció muy bien. Entonces hice un viaje a Roma, para tener una entrevista con el Padre General de la Orden, que me recibió muy amable y me dijo que cuando terminase de torear podía ingresar en el convento normalmente.

El día 22 de marzo de 1964, Domingo de Ramos, Juan García (Mondeño), ingresaba en el convento que los Dominicos tienen en León.

—¿Qué significó esa decisión para ti, para tu familia y para tus amigos?

—Para mí significó muchísimo. Mi familia, mis padres, mi hermano, veían que me perdían por unos años; pero que luego me tendrían más cerca; los amigos pensaban que además del Juan de siempre iban a tener un buen hermano religioso. Yo me encontraba muy contento de poder realizar lo que había sido el sueño de mi vida.

Mondeño no es un conversador nato. Responde únicamente a las preguntas que se le hacen y luego cae en un silencio absoluto.

—¿Cómo podrías reconstruir ahora, mentalmente, tu entrada en el convento de León?

—Yo estaba preocupado. Pensaba que me encontraría, como así fue, con muchachos y frailes que que no conocía. No tenía ningún

causaba una rara impresión el ver como llenaban los vasos de café hasta el borde, porque yo no he podido nunca tomar grandes cantidades de nada, así de una vez.

Después recibía clases de latín

rosos, de los viajes, de los países que había conocido.

Un torero entre futuros frailes debe ser algo así como si una famosa actriz del celuloide llegase a un internado de novicias.

—¿No llegaron a pedirte que diceses un pase en el aire con la servilleta o con el pañuelo?

Mondeño, sonríe. Sin duda le ha hecho gracia la pregunta.

—Yo creo que habían sido avisados antes; que les habían dicho que no me hablasen de toros. Entonces yo trataba de conversar, en aquellos tres cuartos de hora de recreo, de temas generales.

Ya en Caleruega, allá en Burgos, fray Juan no se olvidó por completo de Mondeño, aunque hubiese querido darle tierra a la sombra de aquel convento. Los mismos frailes jóvenes que habían tomado con él los hábitos de dominico, le incitaban a resucitar al torero que llevaba dormido en el alma, de vez en cuando, como para que no se muriese de abandono.

—Algún día de fiesta grande organizábamos un simulacro de corrida entre los frailes novicios. Yo tenía mi toro, que era Fray Baldomero, un fraile joven, fuerte, de unos veintitantos años; Fray Emilio, hacía de picador; Fray José, era el caballo; Fray Tascón hacía de banderillero. Se formaba la cuadrilla y hacíamos el paseillo. Alguno que otro quería tomar la alternativa.

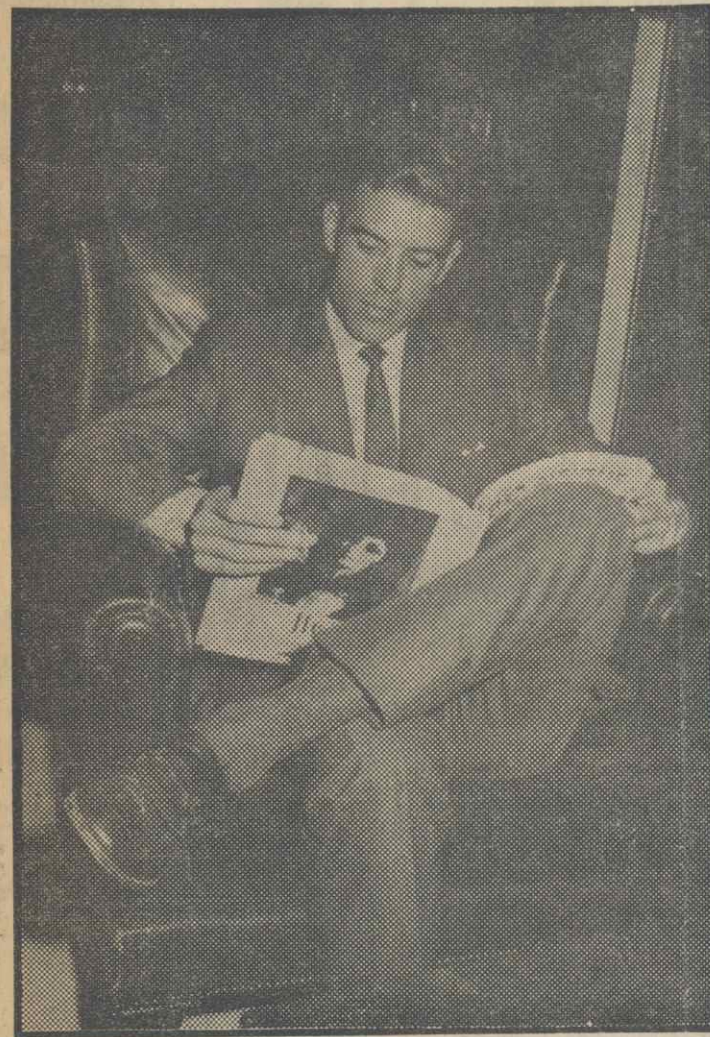
Mondeño recuerda aquellas tardes con verdadera simpatía. Se recrea en la anécdota minuciosa, en el pequeño detalle.

—Una de aquellas «corridas» la organizamos en honor del obispo de Maldonado, del Perú, que había ido a Caleruega en visita. Pasó una tarde feliz y luego me dijo que era obispo porque no había podido ser torero.

—Al trasladarte a Caleruega, ¿qué encontraste allí menos soportable?

—El frío. En León hacía también mucho; pero en Caleruega lo sentí de una manera más fuerte. Era un frío más duro, más seco, más intenso. Un andaluz en Castilla la Vieja durante el invierno es algo difícil de imaginar. Tuve fiebre y guardé cama. Luego me dijeron que era algo así como una pulmonía y me estado de salud empezó a inspirar cuidados. La prensa publicó una noticia en la que se aseguraba que me iban a cambiar de convento; pero nunca me hablaron de eso los padres, ni yo le insinué siquiera. Trajeron a mi celda radiadores eléctricos y me aumentaron las mantas de la cama, porque me moría de frío.

Salíamos a la calle. Mondeño cojea porque un toro le pisó en un dedo del pie. Le acompañó a la consulta del doctor Epeldegui. Mondeño está deseando que termine la temporada.



Juan García Jiménez (Mondeño) es un torero con afición tardía, pero que ahora tiene grandes deseos de triunfar (Foto Pyresa.)

amigo allí. Soy tímido, y al principio, durante los primeros días, debía parecer a los ojos de los demás un poco raro, porque me encontraba muy solo. No tenía aún el hábito y podía entrar y salir vestido de paisano. Luego, al correr de los días, me acostumbre a la vida de comunidad y todo me parecía natural.

UN DIA CUALQUIERA

Se levantaban a las seis y media de la mañana. Iba a oraciones, aunque no tenía obligación todavía.

—Después oía la misa conventual, porque estaba en la comunidad de los Padres. Luego desayunaba y volvía a mi celda. Me

y asistía a clases colectivas con los alumnos.

—A la una y media comíamos; descansaba una hora, hasta las tres y media, y continuaba mis clases y el estudio del latín. Entre estas horas, rezaba algunas oraciones para ir haciéndome al breviario.

Por las mañanas, y también por las tardes, los estudiantes salían al patio soleado del convento, donde permanecían durante tres cuartos de hora.

—Me imagino que para aquellos muchachos serías una novedad.

Mondeño se encoge de hombros, como no queriendo recibir sobre su persona este halago.

—¿Qué solían preguntarte aquellos muchachos en León?

—Cosas del mundo, de los to-